PARA MORTAJA

La pobre mujer ha corrido angustiada la ciudad entera... En el desamparado hogar ha quedado, entre tanto, al cuidado de una vecina, el niño enfermito, tirado en el puro suelo, muriendo, más que de otra cosa, de hambre y de frío... ¡de vil miseria!...

La calle de la amargura es infinita, el calvario interminable... La infeliz madre, desfallecida, jadeante, aturdida por el bárbaro golpe del dolor implacable, anda desalentada, loca... Busca un médico y no lo halla; los que

hay para los pobres son pocos ¡y los pobres son tantos!... Corre en pos del médico...—Ha salido para tal calle;—le dicen—¡allá en el otro extremo!—Cruza la ciudad otra vez... Llega:—Acaba de partir;—torna á correr...

No es ya la necesaria, la salvadora medicina lo que busca la desdichada madre corriendo tras el médico; sabe de otras veces que si le encuentra, aunque le manifieste que el enfermo agoniza, el médico anotará el nombre y el domicilio y quedará en ir... Son muchos enfermos, casi todos agonizan y el médico ya está acostumbrado á verlos morir...

Si la desdichada madre corre tras el médico, es para que autorice con su firma un pobre socorro que, con este requisito, puede pedir en la casa consistorial... El socorro es bien poca cosa... pero allá, en el hogar torturado, no ha quedado un bocado de pan ¡ni aun para el enfermito!...

Corre en balde la madre infeliz... ha vuelto desesperada á casa del médico y ha dejado el nombre y las señas... ¡no puede más!... En medio de la calle, considerando que regresa á su casa sin el menor auxilio se echa á llorar desconsoladamente... Algunas gentes humildes se interesan por aquel dolor y le interrogan... recogen algunas monedas y se las dan... ¡la pobre mujer besa las monedas y parte presurosa!...

En tanto, también el marido recorre la ciudad implorando trabajo, y no lo encuentra... ¡No pediría limosna tan plañideramente, tan tristemente, tan apocadamente como pide trabajo!... De vez en cuando, en la desesperación de su inútil esfuerzo y en medio de la tumultuosa calle de ricas tiendas y rebosantes almacenes, transitada por lujosos carruajes y una multitud alegre y feliz, ¡aquel hombre, como un Dios justiciero, se

yergue airado y prorrumpe en blasfemias!...

La triste madre ha llegado al triste hogar. El niño ya no necesita nada... ¡ha muerto!

El médico ha llegado también y, ya que no la autorización del mísero socorro, firmará el parte de defunción.

Y aquellas monedas besadas, recogidas por la desgraciada madre en su calle de amargura, servirán para que el muertecito, ya que no tuvo pan, tenga mortaja!